

LA VISITA
De Kerim Martínez

Personajes:

JUANA, 63 años.

ERNESTO, 28 años.

Espacio escénico: sala.

Todo muy arreglado. Una cubeta y un trapeador en una esquina.

Se abre una puerta. Entra Juana, se coloca el arete que le faltaba. Enciende el estéreo y pone un audio cassette de Rocío Dúrcal. Suena la canción “La gata bajo la lluvia”. Se mira en un espejo de pared. Rocía un poco de perfume sobre su cuello y vestido. Recorre la sala, muy sensual, no sólo canta la canción: la interpreta como si fuera la famosa cantante.

JUANA:

Amor, tranquilo no te voy a molestar
 mi suerte estaba echada ya lo sé
 y sé que hay un torrente
 dando vueltas por tu mente

Amor, lo nuestro sólo fue casualidad
 la misma hora, el mismo boulevard
 no temas, no hay cuidado
 no te culpo del pasado

Ya lo ves, la vida es así
 tú te vas y yo me quedo aquí
 lloverá y ya no seré tuya
 seré la gata bajo la lluvia
 y maullaré por ti

Entra a escena Ernesto. Trae una maleta. Ha observado a Juana mientras bailaba sola. Suelta de golpe la maleta. Aplause con cierta ironía. Juana se sobresalta y se incomoda.

ERNESTO: ¡Vaya, vaya! La Dúrcal resucitó. No me lo puedo creer. ¿Hace cuánto que no la ponía? ¿No que la hacía llorar?

Juana se sienta en un sillón y toma su tejido.

JUANA: ¿Y ahora tú? ¿Por qué tan pronto?

ERNESTO: ¿Qué? ¿No tenía ganas de ver a su hijo o qué?

JUANA: Sí, pero... habías quedado de venir hasta mañana ¿Que no?

ERNESTO: Pos ya ve. Me adelanté. Mejor, así paso más tiempo con mi mamita querida.

Ernesto le da un beso en la mejilla. Juana sonríe de mala gana. Él se sienta a su lado.

JUANA: Eso sí. Pero avisa, niño. ¿Qué tal que no estuviera?

ERNESTO: Traigo llaves.

JUANA: No me gusta que nadie ande en mi casa cuando no estoy.

ERNESTO: ¿A dónde se iba a ir? Se la pasa encerrada. ¿O qué? ¿No me diga que justo hoy quería salir a pasear?

JUANA: ¿Y si sí qué?

Silencio incómodo. Ernesto le busca la mirada. Juana trata de concentrarse en su tejido pero de vez en cuando titubea al sentirse observada.

ERNESTO: Ya no se haga tonta, si ya lo sé todo.

JUANA: No me hables así, Ernesto. Soy...

ERNESTO: Una mentirosa. Nunca lo pensé de usted.

Juana se levanta molesta. Ignora a Ernesto y empieza a trapear el piso. A lo largo de la conversación lo tallará con más fuerza.

ERNESTO: ¿No pensaba decírnoslo? (*Silencio*) Voy entrando al pueblo y sentí unas miraditas bien curiosas y me dije: “Aquí pasa algo”. Cuando me bajé de la camioneta me encontré a Doña Sagrario.

JUANA: (*enfurecida*) ¡Lo sabía! ¡Esa culera!

ERNESTO: ¡Esa boquita, Juana!

JUANA: No me atormentes que tengo que terminar mi quehacer.

ERNESTO: ¡Ay sí, ay sí! ¡Su quehacer! ¿Así tan arregladita? ¿De cuándo a acá? Si siempre limpia con su bata morada.

JUANA: (*finge demencia*) ¿Cuál?

ERNESTO: La vieja como de franela, no se haga. Además... aquí suele oler a frijoles recién hechos y el único aroma que puedo notar hoy es de perfume de vieja calenturienta.

JUANA: ¡Ernesto! (*Salpica agua de la cubeta*) ¡Cállate la boca! Tu madre no es ninguna vieja calenturienta.

ERNESTO: (*sube poco a poco de tono*) Eso pensaba, pero cuando se aparece “Don Macho” por la casa se me pone cachondona.

JUANA: Ustedes ya están grandes y yo puedo hacer con mi vida lo que me plazca. Me hablas como si fuera una pirujota de éas del pueblo y nada de eso, me oyes. Yo soy una señora de casa, decente, respetable, hecha, derecha y...

ERNESTO: ...y caliente.

JUANA: ¡Que te rompo el hocico de un bofetadón si sigues!

ERNESTO: Es que no me gusta que se transforme así cuando viene él. ¿No que mucho rencor? ¿No que era un hijo de la tiznada? Ahora se aparece el rey y usted dócil, suave y dispuesta a mimarlo como si nada hubiera pasado.

JUANA: ¿Y ustedes sí lo pueden ver, no?

ERNESTO: Yo no lo he visto desde ese día, igual que usted. Por puritita solidaridad.

JUANA: No hables de solidaridad que ya ves lo que nos pasó ese sexenio.

ERNESTO: No se haga la chistosa. Mis hermanos son unos lambiscones, pero yo decidí que por usted ni le hablaría. Le faltó al respeto a nuestra casa, ¿ya no se acuerda?

JUANA: Claro que sí. Pero es hombre. Eso hacen todos. ¡Eso vas a hacer tú también!

ERNESTO: Nunca.

JUANA: ¡Por favor, con eso que te cuelga entre las piernas harás felices a muchas! Pero de seguro al mismo tiempo. ¡Ojalá no se enteren!

ERNESTO: (*lastimero*) Lo dice por experiencia propia.

JUANA: Sí, por eso.

ERNESTO: Pues sí, me acuerdo que mentó madres durante muchos meses y que chilló como ratona de iglesia. La hubiéramos puesto a trabajar de plañidera y ahora seríamos ricos.

JUANA: ¡No te burles, Ernesto! ¡Tú también chillaste y ya estabas grandecito!

ERNESTO: No es fácil enterarte que tu papá tiene otra familia con un chingo de hijos, incluso de tu edad.

JUANA: Están lejos y eso es lo que importa. Si vivieran en la cuadra ya les habría dicho sus verdades o les incendiaba la casa, pero como son de la ciudad pues nunca los vamos a ver.

ERNESTO: Me voy a creer que no ha tenido curiosidad de saber cómo son.

JUANA: Pues no. ¿Para qué?

ERNESTO: A mí me dijo un pajarito que la Jenny le enseñó a usar el *Facebook*.

JUANA: Tiene cinco años. Mi nieta no le sabe a esas cosas. Yo menos.

ERNESTO: ¡Sí, cómo no! Seguro que anda de chismosa “estalteándolos”.

JUANA: ¿Esto... qué?

ERNESTO: ¡Así se dice! Metiéndose en sus fotos y en sus comentarios.

JUANA: Ultimadamente es mi vida... Y hazme el favor de irte y regresar mañana como quedaste. Te puedes ir con tu primo, su señora se fue de vacaciones y tiene lugar en su casa. (*Empujándolo hacia la puerta*) Vete, ya verás qué bonita la arreglaron.

ERNESTO: ¿Y si yo quiero ver a mi papá, qué?

JUANA: Pues te le apareces cuando vayan tus hermanos. (*Enfática*) Ahora vino a verme a mí, sólo a mí: a su esposa. La única, para que te enteres. Nunca le firmé nada. Es mi esposo, mi señor.

ERNESTO: (*suspira*) ¡Ay, mamá! Peor para usted. (*Pausa*) ¿A qué hora regresa?

JUANA: No debe de tardar. Se levantó a las seis para irse al rancho con su compadre. Llegará a darse un baño y le daré su almuerzo.

ERNESTO: ¡Huy, qué generosa me salió! En siete años no le ha mandado un quinto, no le importa si usted se muere de hambre y ahora hasta lo alimenta.

JUANA: Es mi comida.

ERNESTO: Que compra con el dinero de sus hijos.

JUANA: No te digo hijo de la chingada porque no me gusta insultarme. Pero te estás pasando. Pues no me den nada si quieren. (*Melodramática*) Todavía que los alimenté, que los cuidé, que les limpié la cola, que...

ERNESTO: Ya va a empezar. Deje de ver a la señorita Laura, nada más falta que quiera que salgamos en la tele. (*Lo piensa bien*) Ni crea, ¿eh?

JUANA: Vete por favor.

ERNESTO: Está bien. (*Tranquilizándose*) Pero de verdad que no entiendo. La engaño durante muchos años, le vio la cara. ¿Por qué lo perdona?

JUANA: ¿Quién dice que ya lo hice?

ERNESTO: ¿Entonces?

JUANA: Han sido los peores años de mi vida. Es horrible vivir sin él. Desde que lo corrí de la casa he sido muy infeliz.

ERNESTO: Se lo merecía.

JUANA: Sí, pero yo no me merecía estar sola. Ustedes están grandes y tienen su vida. Tus hermanos tienen a los niños. Tú... pues no tienes a nadie, pero si te pones las pilas pronto conocerás a alguna muchacha y terminarás por dedicarle tu tiempo. ¿Y yo qué? Estoy vieja.

ERNESTO: No está...

JUANA: Sí lo estoy.

ERNESTO: Hace siete años pudo tomar decisiones. Eusebio le andaba tirando los perros.

JUANA: Y yo iba a andar mendigando afecto, ¿no? ¡Con ése! ¡El dueño de los abarrotes “La malquerida”! Estoy vieja pero no pendeja.

ERNESTO: Pues la Petra se lo apañó y se ve bien contenta.

JUANA: La Petra era actriz de chamaca en la escuela: aprendió a fingir bien.

ERNESTO: Será el sereno pero son puros pretextos. Me da coraje que mi papá nada más venga a... ¡a eso!

JUANA: Mira, Ernesto. Soy mujer y tengo mis necesidades. Llevaba dos años sin nada de nada y...

ERNESTO: ¿Cómo que dos años? (*Pausa*) Híjole. No me diga que Eusebio sí...

JUANA: ¡Primero perra!

ERNESTO: Entonces fue él. *(Asombrado)* Mi papá ha venido a verla antes.

JUANA: *(No sabe qué decir)* Sólo esa vez. *(Toma aire)* Vino tres días con sus respectivas noches y se volvió a ir.

ERNESTO: ¡Qué cabrón! ¡Y por lo menos hablaron?

JUANA: ¿De qué?

ERNESTO: ¿Cómo que de qué? De lo que le hizo. ¿Le explicó por qué la engañó tantos años? ¿Le pidió perdón?

JUANA: Hablar, hablar lo que se dice hablar... pues no. No hablamos. Se nota que está arrepentido, de cierta forma me pide disculpas cuando viene a verme. Me trata mejor que nunca, como cuando éramos jóvenes. *(Pausa)* ¿Para qué hablar? No se puede hacer nada para arreglar las cosas. Quizás si la concubina ésa se muriera pero... tiene veintiocho años, sólo que le ocurriera una desgracia.

ERNESTO: *(sorprendido)* ¿Cómo veintiocho años? ¡Yo tengo veintiocho años! *(Se da cuenta)* ¡Es otra!

JUANA: Sí, a la Altagracia también se la aplicó. Pero ella se vio lista y le sacó su buena lana. Deberías de ver a tu padre, está bien desmejorado. A su edad y trabaja como burro para mantener a la bola de hijos huevones que tuvo con ella.

ERNESTO: ¿Y con la nueva? ¿Tuvo hijos?

JUANA: Todavía no.

ERNESTO: Menos mal.

JUANA: Nacen dentro de dos meses. Encima de todo, el cielo lo premia. Siempre quiso tener mellizos. *(Sonríe)* A la niña le van a poner Juana, como yo.

ERNESTO: No puedo creerlo. ¡Y viene a verla a usted! ¿Por qué?

JUANA: Porque me ama. Y yo lo amo. Por eso no fui capaz de juntarme con nadie otra vez. Ya sé lo que es la felicidad. Ese hombre me la presenta cada vez que me mete en la cama.

ERNESTO: ¡Mamá!

JUANA: ¡Pos pa' qué preguntas! ¿Qué crees que los padres no tenemos ganas de arrumacos de vez en cuándo? Los calores no se quitan con la edad, para que te enteres.

ERNESTO: No me hable así. Ahora entiendo por qué el padrecito pone esa cara de espanto cada que usted se dirige a su confesionario. Mire, usted se conforma con las noches que le da mi papá porque en este tiempo no se dio la oportunidad de buscar alguien con quién compararlo.

JUANA: Ay, mijo, a veces pecas de baboso. En estos años no, pero ¿antes qué? Antes de conocer a tu papá vivía en otro pueblo y me eché a cuanto pelado se me pusiera enfrente. Y no me pongas esa cara. (*Pausa*) Pero con tu papá todo fue diferente, no era nada más echar pata. Había amor, del bueno, del que te hormigüea en todo el cuerpo. Me dio cinco hijos y la mejor vida. Nunca me faltó nada a su lado. Hice muy mal en hacerle caso a los rumores.

ERNESTO: Rumores que fueron ciertos.

JUANA: Sí, pero me hubiera hecho la mensa y ahorita tu padre estaría conmigo todos los días. Las otras tendrían que conformarse con las visitas esporádicas. Yo no. Lo corrí y me arrepiento, no tienes idea de cuánto.

ERNESTO: ¿Así que eso es el amor? No quiero entonces enamorarme.

JUANA: Harás mal. Hay muchas muchachas que quieren tus huesitos. (*Pausa*) ¿A menos que seas jotito?

ERNESTO: ¡Mamá!

JUANA: Dale tiempo, no mucho, pero ya verás que pronto. Aunque amar cause mucho dolor tiene sus cosas buenas. Cuando dos personas se compenetran como tu padre y yo pues... (*suspira*) Teníamos que conocernos, eso es todo. ¡Somos almas gemelas! Como Luis Fernando y María de la Luz.

ERNESTO: ¿Y esos quienes son?

JUANA: Los protagonistas de mi novela de las ocho. Lo dijeron la semana pasada: almas gemelas.

ERNESTO: ¿Gemelas? Si hacemos la suma de todas las almas han de ser quintillizas: usted, mi papá, la Altadecia, la nueva...

JUANA: ¡Cállate ya! Tenemos que aprovechar lo que nos quede. Cada vez nos hacemos más mayores. Él puede venir a visitarme cuando quiera y me valen madres las habladurías de Sagrario y sus secuaces. Tu padre me hace sentir plena; que sea de moral distraída es otro tema.

ERNESTO: No la merece. No debería quererlo tanto.

JUANA: Eso no lo decides tú. Vete, mijo, por favor. No quiero que se peleen enfrente de mí, ya ves que luego se me tuerce la boca del coraje. Me queda solo un día a su lado, quiero disfrutarlo. Vino a verme a mí, a mí.

Silencio.

ERNESTO: Mamá... La Sagrario me dijo que...

JUANA: Sí, ella te fue con el chisme de que estaba conmigo, ya lo dijiste. También ella fue la que me confirmó que tenía dos casas... Es un ave de mal agüero.

ERNESTO: Me dijo que mi papá ya no estaba con el comadre.

JUANA: Ah, entonces no debe de tardar, vete ya, hijo. ¡Por favor! Tengo que terminar de limpiar!

ERNESTO: Almorzó con él, agarró su troca y se fue del pueblo. Lo vieron salir. Se despidió de algunos.

Silencio largo.

JUANA: (con rabia contenida) ¡Esa culera de Sagrario!

ERNESTO: (serio) Él no la ama.

JUANA: Eso no lo puedes saber.

ERNESTO: Dese cuenta. Haga su vida.

JUANA: ¿Mi vida?

Silencio.

ERNESTO: ¿Quiere que me quede?

Juana niega con la cabeza.

JUANA: Ve a conocer la casa de tu primo. La arreglaron bien bonita. Regresa mañana.

Ernesto se acerca a Juana, le da un beso. Toma su maleta y se detiene antes de salir.

ERNESTO: Yo sí la quiero, Juana. Perdóneme por traerle malas noticias. No debí mortificarla.

JUANA: Hiciste bien, así no espero más y... termino mi quehacer.

ERNESTO: ¿Quiere que salgamos por la tarde? Habrá fiesta en la plaza.

JUANA: Estaré ocupada.

ERNESTO: ¿Su novela?

JUANA: Sí, hoy acaba.

ERNESTO: ¿Final feliz?

JUANA: Como debe ser. *(Pausa)* Ve con Dios, mijo. Te veo mañana.

Ernesto sale. Juana pone play a su cinta de Rocío Dúrcal y trapea el suelo mientras canta llorando “La gata bajo la lluvia”.

JUANA:

Amor, lo sé no digas nada de verdad
si ves alguna lágrima perdón
yo sé que no has querido
hacer llorar a un gato herido

Amor, si alguna vez nos vemos por ahí
invítame un café y hazme el amor
y si ya no vuelvo a verte
ojalá que tengas suerte

Ya lo ves ...

OSCURO FINAL